

Acción social en tiempos revueltos

Fernando Fantova
www.fantova.net

(Texto de la ponencia presentada en la asamblea de Cáritas Diocesana de Pamplona-Tudela el 25 de octubre de 2008)

*Únicamente por tu amor,
sólo por tu amor,
te perdonarán los pobres
el pan que les des.*

San Vicente de Paúl

La pretensión de esta exposición¹ es la de reflexionar en voz alta, para poder posteriormente conversar, sobre el contexto y condiciones en las que, hoy y aquí, hacemos o podemos hacer intervención social desde una organización como Cáritas. Espero que lo que seamos capaces de comentar nos ayude a orientar mejor e impulsar más nuestra acción social a favor de todas las personas y, en particular, de aquellas que se encuentran en situación de mayor vulnerabilidad.

Esta exposición tendrá dos partes. En la primera intentaré dar algunas pinceladas que puedan caracterizar esos tiempos revueltos que vivimos, de los que habla el título. En la segunda quiero compartir algunas pistas sobre la

¹ Por el estilo que hemos querido dar a esta exposición se evitarán, en general, citas textuales y referencias bibliográficas, que pueden encontrarse en otros textos, de los que éste se nutre en algunos momentos, y que están disponibles a través de www.fantova.net.

manera de hacer acción social en los momentos que nos ha tocado vivir. En todo caso, agradezco esta oportunidad de compartir esta mañana con un nutrido grupo de personas de una organización con la que he tenido ocasión de colaborar en los últimos meses, muy a gusto.

Expresado en términos futbolísticos podría comenzar diciendo que parto de una *posición teórica* en el terreno de juego. Ésta intentaría ser la posición teórica de quienes, al modo de Jesús de Nazaret, se sienten convocados, atrapados, imantados, atraídas por la situación de aquellas personas que se encuentran en situación de pobreza, exclusión, vulnerabilidad, riesgo, dependencia, sufrimiento... Intentaría que nos colocáramos en la posición teórica de aquellas o aquellos a quienes tal cosa importa, más aún, de aquellas personas y organizaciones que, de alguna manera, van siendo configuradas por esa llamada que proviene de las personas insignificantes, traicionadas, disminuidas, explotadas...

Esa posición, a mi entender, no proviene de ninguna desviación morbosa. No se adopta porque resulte gratificante. Simplemente es la posición de quien no puede conformarse ante una humanidad recortada, de quien quiere parecerse al samaritano que se aparta de su camino y se acerca a socorrer a ese hombre que ha sido atacado.

Aunque resulte difícil, por tanto, os invito a intentar mirar la realidad que nos rodea desde los intereses, desde las necesidades, desde las urgencias de las y los pobres, de quienes, tras el despojo del que han sido objeto, casi sólo tienen su humanidad, la dignidad inalienable de ser personas, nada más y nada menos... Y quizá desde ese lugar social podamos empezar descubriendo o desvelando un mundo que no se orienta a la satisfacción de las necesidades actuales de las personas, sino a las expectativas, en buena medida de futuro, de quienes son solventes, de quienes tienen poder.

Mirando las portadas de la prensa en las últimas semanas me venía a la memoria el título de un libro de Anthony Giddens, que habla de un mundo desbocado. No soy competente para explicar la situación económica que estamos viviendo pero si me atrevo a hacer alguna reflexión de aficionado, a ver qué os parece.

Qué cómodo resulta, en estos momentos, identificar a los malos de la película. A esas personas que, al parecer, han tomado decisiones excesivamente arriesgadas en el mundo financiero, a quienes no establecieron los controles pertinentes, a aquellas directivas o directivos bancarios a quienes pudo la avaricia... Sin embargo, me pregunto hasta qué punto esas personas no estaban respondiendo a nuestras demandas y expectativas. A las aspiraciones y deseos de esas clases medias que tenemos la posibilidad de acumular, de ahorrar, de tener un patrimonio, y que queremos esa cuadratura del círculo de consumir el presente y asegurar el futuro...

En buena medida nuestros fondos de pensiones, nuestros fondos de inversión constituyen las masas de dinero con las que se juega en el casino global, a favor de nuestras expectativas de futuro y en contra de las necesidades actuales de miles de millones de personas en nuestro mundo. Las poderosas y poderosos se lanzan a rescatar a los bancos, porque en ellos tenemos nuestro dinero quienes les votamos, quienes no vamos a tolerar que se ponga en riesgo nuestra seguridad, nuestro bienestar, nuestro futuro... Queremos preservar este sistema económico que tanto bienestar material ha llevado a tantas personas en el mundo (mirando para otro lado en lo relativo a sus efectos colaterales, al enorme, creciente y multiforme *patio trasero* de este mundo de bienestar y consumo).

El proceso de globalización, a caballo de las tecnologías avanzadas de la información y la comunicación, construye una economía en red, dominada en gran medida por los intercambios puramente financieros y especulativos. Y yo me pregunto en qué medida esto es así porque las que Galbraith denomina

mayorías satisfechas lo queremos. Porque en nuestros actos de votar, de consumir, de trabajar, de hablar... construimos ese tipo de mundo al que pedimos que maximice nuestra capacidad actual y futura de consumir... Un mundo que vamos a intentar comprender un poco más en esta conversación a la que os invito...

Un mundo más virtual, como decimos, en el que, ciertamente, las relaciones sociales se despegan de la comunidad territorial, de las redes de proximidad y, tal como dice Baumann, todo se hace más líquido, más inestable, más fugaz... Las personas nos movemos más, a escala global y a escala local. La vida se hace más urbana. Se diluyen formas tradicionales de agregación, identificación o vinculación, como la fábrica, como la familia, como el colectivo obrero o campesino, como el vecindario... y nuestras trayectorias se hacen más individuales, más imprevisibles, más privadas, menos sometidas, para bien y para mal, al control social. Por eso habla Beck de la sociedad del riesgo. No porque no haya, que las hay, poderosas herramientas que pueden asegurar nuestra salud o seguridad, sino porque aparecen nuevos riesgos sociales, económicos y medioambientales, en buena medida desconocidos y potencialmente devastadores, precisamente por nuestra capacidad tecnológica. En buena medida son los éxitos de nuestras sociedades capitalistas y nuestros sistemas de bienestar los que modifican las estructuras generacionales, familiares y sociales, provocando, junto a valiosas estructuras de protección social, una intensa destrucción de bienes relacionales, apoyos familiares y vínculos comunitarios.

En ese proceso de individualización, nuestra sociedad se ve travesada por nuevos conflictos relacionados con ejes de diferenciación por sexo, por renta, por etnia, por edad, por generación, por capacidad... La sociedad se fragmenta y dualiza, ampliándose la desigualdad entre segmentos, a la vez que se potencia a través de los poderosos medios de comunicación la idea de que vivimos en un mundo de oportunidades, ligadas al consumo de bienes y servicios. Los intereses de las personas y organizaciones poderosas pueden

desligase cada vez más de los de sus conciudadanas y conciudadanos, pues se trata de élites capaces de competir y funcionar a escala global y menos dependientes de las condiciones físicas, políticas, económicas y sociales de un entorno determinado. Mientras tanto grandes masas de personas descualificadas pasan a ser consideradas intercambiables o directamente prescindibles por el sistema económico y social.

Desde el punto de vista político, junto a progresos indudables en el ejercicio de los derechos humanos y la extensión de la democracia en el mundo, la complejidad se torna opacidad en torno a la toma de decisiones, generándose, con manipulación por unas partes y pasividad por otras, zonas de sombra, privadas del debate público... La estructura económica y las desigualdades sociales de las que he hablado antes dificultan en muchos lugares las alianzas estratégicas y los proyectos transformadores realistas y viables. Los estados ven reducido su margen de control y su cualidad y reconocimiento como proveedores de seguridad y bienestar social. Sin embargo aparecen también nuevos agentes con posibilidad de incidir en el gobierno de nuestras sociedades, de colaborar críticamente con los poderes públicos en eso que se ha llamado gobernanza compleja. Nuevas formas de ejercer la ciudadanía cívica, la opinión pública, la intervención social, que contribuyen a la reflexividad social, a que la sociedad se confronte consigo misma, revise radicalmente valores y prioridades, se haga más abierta y tolerante y, a la vez, más exigente y expectante.

Si miramos a esa complejidad social, a esta *sociedad del riesgo*, a estos retos que acabamos de esbozar, se diría que hay dos reflexiones que emergen con cierta claridad. La primera es que hablamos de riesgos y retos que en buena medida son consecuencia de nuestra actuación, incluso de decisiones que tomamos cada día. Nunca *estamos en un atasco* sino que *estamos formando un atasco*. La segunda es que se trata de riesgos o retos que nos afectan colectivamente, que cada vez es más difícil delimitar (y quedarnos fuera de las) *poblaciones de riesgo*, que estamos todas a lomos de este *mundo desbocado*.

Ahora bien, estas dos reflexiones no son evidentes a nuestros ojos y hay poderosos mecanismos de todo tipo (cultural, psicológico, económico, mediático, social...) que nos impiden hacerlas y actuar en consecuencia.

El tejido social solidario, el tejido eclesial y las Cáritas no son ajenas a este contexto que venimos dibujando. Organizaciones como la nuestra constituyen y representan, sin duda, un valioso patrimonio de valores, estructuras, conocimientos, capacidades, relaciones y prácticas que se ha ido construyendo o decantando a lo largo de mucho tiempo. Podemos mirar con orgullo a nuestra hoja de servicios y a nuestra capacidad instalada. Sin embargo también sentimos la convulsión del mundo en el que vivimos y la necesidad, a veces urgente, de repensar y revisar lo que somos y hacemos.

Los referentes permanentes, sin duda, están ahí. No hay más que mirar las prácticas y escuchar las palabras de Jesús. Su acompañamiento de proximidad a quienes sufren y a toda persona que se acerca a él, la implicación en la respuesta a sus necesidades, el reconocimiento de la igual dignidad humana de todas las personas, el trabajo arriesgado por cambiar las estructuras excluyentes... Estamos hablando de comunión cristiana de bienes (no sólo materiales), de acción social, de caridad política, de construcción de la justicia...

Sin embargo nuestra Iglesia, nuestras organizaciones se sienten desorientadas en este mundo en el que vivimos. Y no faltan reacciones que intentan reconstruir situaciones pasadas, formatos descatalogados. Sentimos que nos falta gente, que nos falta audiencia, que nos falta impacto, que nos falta discurso... Tememos no ser capaces de entregar a la siguiente generación un patrimonio humano, espiritual, técnico y material acrecentado y perfeccionado... Además, el propio éxito de organizaciones como Cáritas ha contribuido a que otros agentes vayan cobrando protagonismo en la respuesta a las necesidades de las que nos ocupábamos. Basta con mirar el surgimiento de una gran cantidad de organizaciones voluntarias o no gubernamentales. Basta con mirar

la concreción de derechos sociales en áreas como la sanidad, la educación, la garantía de ingresos o los servicios sociales.

Nos encontramos, por tanto, en una situación de encrucijada, en un momento histórico en el que vale la pena pararse a mirar dónde estamos y cómo continuar. Algo de eso venimos haciendo en la reflexión estratégica que estamos realizando en Cáritas Diocesana de Pamplona-Tudela y en la que tengo la suerte de estar participando. Desde ella, dejadme que os apunte algunas pistas que, a mi juicio, podríamos tener en cuenta en una organización como Cáritas en este momento.

En primer lugar, hablaría de consolidar y afianzar lo que tenemos. Y lo más valiosos que tenemos es la gente. Tanto el grupo de profesionales con preparación y compromiso como las voluntarias y voluntarios y, en general, todas las personas que forman la organización. A esta gente hay que cuidarla, hay que motivarla, formarla, retribuirla, acompañarla. Es un capital humano que no puede perderse, es una fortaleza clave en la que apoyarse para cualquier proyecto que queramos abordar. El personal remunerado debe gozar, a mi entender, de una buena calidad de vida laboral; de facilidades para conciliar su vida laboral, familiar y personal; de estructuras organizativas eficientes; de itinerarios de crecimiento profesional. Se debe cuidar también al voluntariado, su formación, su renovación, su satisfacción, su participación...

Ahora bien, también diré que este grupo humano que compone Cáritas debe ser consciente de su imbricación en y con el conjunto de la comunidad cristiana, de la Iglesia diocesana. Quienes componen Cáritas, cada uno con su responsabilidad y función, y el conjunto de la comunidad cristiana deben, a mi entender, mirarse cara a cara, y preguntarse qué pueden hacer juntas, cuáles son las sinergias que se pueden activar en esa relación. Si no tienen la distancia suficiente entre sí, no surgirá la chispa. Pero si se alejan la una de la otra, tampoco... Cáritas es una organización de frontera, capaz de interactuar con el tejido eclesial y con el entorno social y tener impacto en ambas esferas.

Desde ese enraizamiento en la comunidad cristiana realmente existente, Cáritas Diocesana se situará en el escenario de la acción social, junto a otras organizaciones voluntarias o no. Y ahí debe reinventarse y reencontrar su lugar, su visión y su función.

Y yo creo que en la sociedad que antes hemos dibujado, Cáritas, como otras organizaciones del tercer sector, está llamada, fundamentalmente, a ser una coproductora de bienes relacionales. Los bienes relacionales, los apoyos informales, la confianza interpersonal, el capital social... se caracterizan porque no se compran ni se venden ni tampoco pueden ser exigidos como derecho. Los coproducimos en las redes familiares y comunitarias y desde el voluntariado y la sociedad civil organizada.

Debemos, a mi entender, poner el acento en lo relacional, pues esa es la versión de la intervención social desde la que más podemos aportar. No tenemos capacidad o dimensión para competir en el mundo económico. No somos Estado, ni garantizamos derechos. Somos tejido solidario en autogestión, somos red inclusiva, somos capacidad de acompañamiento... Para desde ahí, desde luego, intentar incidir en la esfera política, económica, cultural...

Joaquín García Roca nos ha ayudado a ver las potencialidades de organizaciones como Cáritas, de las organizaciones del tercer sector para aportar en el escenario de la intervención social valores añadidos que el sector público o el mercantil difícilmente pueden entregar: adaptación flexible a las familias y comunidades, capacidad de activar procesos de corresponsabilidad y autogestión, dinámicas de innovación social, experiencias de mediación, propuestas transformadoras de estructuras sociales...

Y Josep María Rueda nos ha ayudado a comprender que se puede hacer asistencia sin caer en el asistencialismo, y que se puede introducir racionalidad

técnica en nuestra intervención social sin convertirnos en tecnócratas... Y nos invita a integrar todas las dimensiones de la acción social en un modelo participativo orientado al empoderamiento de las personas con las que trabajamos, de todas las personas, en claves de universalidad y apertura, en claves de trabajo en red a pie de territorio y también en las estructuras institucionales...

Como agentes de intervención social creo que hemos de apostar por la transversalidad, por el trabajo integral. Afortunadamente nuestro sistema de bienestar va dando pasos en la estructuración de los diferentes pilares: sanidad, educación, vivienda, empleo, servicios sociales, garantía de ingresos... Desde nuestras organizaciones debemos impulsar esos pasos, las nuevas leyes, los nuevos derechos... y recuperar la visión integral y transversal que a veces se pierde desde cada uno de esos subsistemas. Desde mi punto de vista no tiene sentido que una organización como Cáritas aspire a colocarse principalmente como gestora de servicios sociales de responsabilidad pública. Hay entidades y empresas para ello... Hay tantas cosas, hoy y aquí, que sólo se pueden hacer desde una organización como Cáritas, que no vale la pena, a mi entender, dedicarse a aquellas que otras pueden hacer, si lo hacen mejor...

Una organización como Cáritas puede aportar mucho más desde otros sitios, desde la dinamización del voluntariado, desde el estudio y la investigación, desde la movilización y la denuncia, desde la construcción de redes abiertas y flexibles con otras organizaciones, desde la sensibilización social, desde la participación crítica en el diseño, gestión y evaluación de políticas públicas... No podemos quedarnos atrapados en versiones caducadas de la intervención social, no debemos aceptar acríticamente quedarnos en la posición que los otros agentes nos dejan, no podemos conformarnos con una acción meramente reactiva ante lo que llega... Podemos encontrar un buen equilibrio entre proximidad a las personas más vulnerables y capacidad de pensamiento y transformación social...

En todo caso, éstas no son sino pistas discutibles, invitaciones al diálogo. Este gran intelectual colectivo que es Cáritas Diocesana de Pamplona-Tudela, en su unidad y en su diversidad, en su capacidad de penetrar en el territorio y en su capacidad de actuar al unísono, sabrá discernir lo útil y lo prescindible de estas palabras que ahora finalizo. Estoy seguro, sin embargo, de que no os ha de faltar ambición evangélica, espíritu de servicio, flexibilidad para el cambio y capacidad de mantener la mirada fija en las referencias inexcusables, pidiendo a Dios siempre que suscite en nosotras, en nosotros los mismos sentimientos de Jesús.

Pido en mis oraciones que el amor crezca en ustedes, y con él alcancen conocimiento y buen juicio en todo. Así sabrán reconocer lo que conviene en cada momento ... Permanezcan firmes en un mismo espíritu ... capaces de compasión y ternura ... Tengan unos con otros las mismas disposiciones que tuvo Cristo Jesús ... Alégrese en el Señor en todo tiempo ... El Señor está cerca: no se inquieten por nada.

(Fragmentos de la Carta de San Pablo a los Filipenses)
